

El 13 de marzo de 2015, en el Centro Cultural Paco Urondo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Noam Chomsky ofreció una conferencia sobre la situación actual de los estudios lingüísticos ante una numerosa audiencia de estudiantes, docentes e investigadores.

El prestigioso lingüista dejó de lado las cuestiones más técnicas para exponer con claridad, rigor e ironía los interrogantes fundamentales de la especialidad y sugerir algunas respuestas que sintetizan sus más recientes discusiones con lingüistas, filósofos y psicólogos de diversas corrientes teóricas.

En esta edición, se reproduce el contenido íntegro de su alocución, en la cual, como señala Laura Kornfeld en su prólogo, Chomsky ofrece “un puñado de ideas luminosas que constituyen la otra cara –complementaria al compromiso militante– de un humanismo al mismo tiempo racional y apasionado”.

NOAM CHOMSKY

60 AÑOS DE GRAMÁTICA GENERATIVA

**PASADO, PRESENTE Y FUTURO
DE LA TEORÍA LINGÜÍSTICA**

PRÓLOGO DE LAURA KORNFELD

NOAM CHOMSKY 60 AÑOS DE GRAMÁTICA GENERATIVA

ISBN 978-987-4019-30-1



9 789874 019301



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

EUFL FILO:UBA



EUFL

60 AÑOS DE GRAMÁTICA GENERATIVA

NOAM CHOMSKY
60 AÑOS DE GRAMÁTICA GENERATIVA
PASADO, PRESENTE Y FUTURO
DE LA TEORÍA LINGÜÍSTICA

PRÓLOGO DE LAURA KORNFELD

Chomsky, Noam

60 años de gramática generativa. Pasado, presente y futuro de la teoría lingüística / Noam Chomsky ; prólogo de Laura Kornfeld. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2016.

64 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-4019-30-1

I. Teoría Lingüística. I. Kornfeld, Laura, prolog. II. Título.
CDD 410

Fecha de catalogación: 25/10/2016

PRESENTACIÓN DE ÁNGEL MALDONADO	7
PRÓLOGO DE LAURA KORNFELD: Sobre lo (más) humano	13
CONFERENCIA	35

© 2016, by Noam Chomsky

Published by arrangement with Roam Agency and International Editors' Co.

© 2016, Facultad de Filosofía y Letras (UBA)

Puan 480 – Ciudad Autónoma de Buenos Aires – República Argentina

eufyl@filo.uba.ar – www.filo.uba.ar

EUFyL – Editorial Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA)

Directores: Graciela Morgade, Américo Cristófalo y Guillermo Saavedra

Coordinación editorial: Karina Bonifatti

Diseño y diagramación: Magali Canale

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

PRESENTACIÓN

Desde muy temprano, en la mañana del viernes 13 de marzo de 2015, centenares de jóvenes y adultos ocupaban las veredas de las calles 25 de mayo, Juan D. Perón, Leandro N. Alem y Sarmiento, formando una fila que rodeaba casi por completo la manzana del bajo porteño donde se encuentra una de las sedes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. La expectativa de todos era evidente, y no la provocaba la presentación de una estrella de rock, sino la inminente llegada del lingüista Noam Chomsky al Centro Cultural Paco Urondo.

Esa mañana de marzo, Chomsky brindó una conferencia titulada *60 años de gramática generativa: pasado, presente y futuro de la teoría lingüística*¹ para más de 1200 docentes, investigadores y estudiantes de todo el

¹ El video de la conferencia está disponible en <http://mediateca.filo.uba.ar/content/chomsky-en-filo>.

país que desbordaron la capacidad del salón preparado para el encuentro.

Ahora, aquella conferencia se transforma en libro, precedida por un trabajo en el que Laura Kornfeld, profesora a cargo de la cátedra de Lingüística Chomskyana, presenta el carácter revolucionario que tiene la obra del fundador del generativismo no solo para la lingüística, sino también para la filosofía, la psicología, la neurología y la biología, entre otras disciplinas.

Valgan estas líneas para expresar, en nombre de las autoridades, los docentes, los investigadores y los estudiantes de la Facultad, nuestro profundo agradecimiento a todos aquellos que hicieron posible la realización de la conferencia y su transcripción en estas páginas.

Ante todo y muy especialmente, al profesor Chomsky, por haber tenido la generosidad y la consideración de brindar la conferencia y autorizar su publicación.

A Ricardo Forster, Matías Bruera, Homero Koncurat y la gente de la (hoy disuelta) Secretaría de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional, quienes organizaron el Foro Internacional por la Emancipación y la Igualdad, con el profesor Chomsky como uno de los plenaristas invitados, y cedieron un tiempo considerable de la apretadísima agenda del lingüista para que diera esa conferencia.

A la decana de esta Facultad, Graciela Morgade y, muy especialmente, al vicedecano, Américo Cristófolo, por su decisivo apoyo institucional.

A los compañeros de la mediateca y de eventos académicos de la Secretaría General, cuyo esfuerzo fue imprescindible para llevar a cabo el registro y la transmisión en vivo de la conferencia.

A la hospitalaria colaboración de Ricardo Manetti, director del Centro Cultural Paco Urondo, y de todas las personas que allí trabajan.

A los investigadores de todo el país, por participar activamente de la organización acercándonos preguntas y temas para que el profesor Chomsky desarrollara en su presentación.

A Laura Kornfeld, quien no solo colaboró en la organización y ofició de presentadora de la conferencia, sino que también, como ya fue señalado, escribió la introducción de este libro.

A Estefanía Baranger y Analía Hoban, quienes transcribieron y tradujeron la conferencia; y a Cristina Mesineo, Alicia Avellana y Lucas Fiszman, que realizaron su revisión.

Nos enorgullece presentar aquí la singularidad del pensamiento de Noam Chomsky. Y esperamos que el lector pueda recuperar en estas páginas algunas de las sensaciones que generó, en aquella mañana de marzo, su disertación en la Facultad de Filosofía y Letras.

Ángel Maldonado

Subsecretario de Asuntos Académicos de FFyL
Docente de Lingüística Chomskyana

PRÓLOGO

SOBRE LO (MÁS) HUMANO

LAURA KORNFELD

...lo más humano (esto es, lo menos mineral, vegetal, animal y aun angelical) es precisamente la gramática.

Jorge Luis Borges, *El idioma de los argentinos*

En marzo de 2015, Noam Chomsky vino a la Argentina, invitado a participar del gran Foro de la Emancipación y la Igualdad que organizó en el Teatro Cervantes el Ministerio de Cultura argentino. Apenas un año después, las distopías amenazantes que sobrevolaron ese foro están en auge en todo el mundo y se pone a prueba, una vez más, el *problema de Orwell*, planteado por el propio Chomsky en 1986: ¿Por qué los seres humanos conocemos tan poco acerca del entramado político, social y económico, considerando que disponemos de una evidencia tan abrumadora? O, en términos más concretos, ¿cómo es que, teniendo la información relevante, sacamos las conclusiones políticas y sociales

más disparatadas (para nuestro raciocinio y, sobre todo, para nuestros intereses) y nos precipitamos alegremente al precipicio? El nombre de Orwell es un homenaje al lúcido militante y escritor que en 1984, bajo una forma ficcional, planteó magníficamente las implicancias del consenso social de las dictaduras. En línea con Orwell y su *problema*, no es sorprendente que Chomsky haya enunciado en “La responsabilidad de los intelectuales” (1967) que esa obligación supone “decir la verdad y exponer las mentiras” de las élites gubernamentales y económicas, en la certeza de que el libre albedrío es parte intrínseca de nuestra biología, y no una cuestión únicamente de moral o de ética.

Pese a que lo trajo a Buenos Aires su ejemplar compromiso militante en la denuncia de totalitarismos varios (incluido el de su propio país), no fue sobre temas políticos que disertó Chomsky en el Centro Cultural Paco Urondo de la Facultad de Filosofía y Letras ese 13 de marzo de 2015 en el que una pequeña multitud protestaba por quedar afuera de la conferencia. Se presentaba en público uno de los mitos vivientes del mundo académico. Ese día, nos regaló un puñado de ideas luminosas sobre lingüística, filosofía, psicología, neurología y biología (para abreviar los campos de conocimiento que se pusieron en marcha con su poderosa alocución), que constituyen la otra cara (complementaria al compromiso militante) de un humanismo al mismo tiempo racional y apasionado. Es que, aun siendo (casi) un escéptico en

el plano político, Chomsky es un optimista de la razón, para parafrasear malamente a Gramsci.

Brillante alumno de la Universidad de Pennsylvania, en 1955 defendió su tesis doctoral, *La estructura lógica de la teoría lingüística* [*The Logical Structure of Linguistic Theory*]. La tesis completa recién fue publicada en la década del 70, pero en 1957, con *Estructuras sintácticas* (un conveniente extracto de las más de 600 páginas), un Chomsky de 29 años comenzó a demoler los principios del conductismo norteamericano imperante en la época. *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, de 1965, vino a completar el esbozo del modelo que se conoce con el nombre de Teoría Estándar.

En la figura de Noam Chomsky se confunden dos tradiciones robustas, que a la distancia suelen verse como disociadas. Hijo de inmigrantes judíos provenientes del Este europeo, se doctoró con un judío ucraniano, Zellig Harris, y fue luego discípulo del brillante lingüista y teórico literario ruso (también judío) Roman Jakobson. En él se personifica el modo en que la erudición y el desarrollo intelectual de Europa resultaron transfigurados por el pragmatismo científico de los Estados Unidos. Lejos de desconocer las ambigüedades del humanitarismo norteamericano al recibir a los refugiados de la Segunda Gran Guerra, el propio Chomsky atribuyó el éxito del MIT (Instituto Tecnológico de Massachussets, la institución que lo contrató apenas doctorado y a la que representa cabalmente desde hace más de medio siglo) a la ausencia

de prejuicios antisemitas al elegir su cuerpo de profesores, a diferencia de lo que ocurría en otras universidades más tradicionales, como Harvard.

Gracias a esas influencias heterodoxas para el medio, el joven Chomsky reactualizó en su tesis doctoral antiguas polémicas que contradecían lo que entonces parecía un sentido común casi irreversible acerca del objeto de estudio de la lingüística y sobre sus relaciones con el resto de las disciplinas científicas. *Estructuras sintácticas* deja planteado un objetivo que se ha mantenido incólume a lo largo de las décadas: encontrar el conjunto de las leyes de combinación que permiten generar las descripciones formales de todas las oraciones posibles (y ninguna de las imposibles) en una lengua dada. Esa gramática constituiría una descripción válida del conocimiento que emplea un hablante para producir (y comprender) las oraciones de su lengua.

De esa manera, niega de plano las concepciones de la lengua como un corpus de oraciones definido de antemano, como pretendían los popes estructuralistas y conductistas hacia mediados del siglo XX, como Leonard Bloomfield y B. F. Skinner. Empleando las reglas de la gramática, los hablantes pueden crear infinitas oraciones, de modo que no habrá nada estadístico interesante para decir sobre ellas, enfatiza Chomsky. Más bien, una teoría lingüística debería poder dar cuenta de esa capacidad generativa sin límite, a la que denominará más tarde el *problema de Descartes*, para ser fiel a

la costumbre de bautizar las cuestiones centrales de su reflexión con el nombre de ilustres antecedentes (uno de sus libritos menos conocidos, *Lingüística cartesiana*, de 1966, ubicará la gramática generativa en la misma línea racionalista que René Descartes, la escuela de Port-Royal, e incluso Wilhelm von Humboldt, entre otros).

Para explorar el conocimiento de los hablantes acerca de su lengua, la gramática generativa necesitó inventar nuevos conceptos y nuevas herramientas que antes no eran necesarios. Un lugar icónico ocupa la noción de *gramaticalidad*, que pretende expresar el hecho de que, en tanto hablantes nativos, tenemos certezas claras acerca de qué oraciones *no* son posibles en nuestra lengua. Esa noción, desde ya, puede ser matizada: hay oraciones que son agramaticales en algunas lenguas y otras que lo son en todas las lenguas del mundo, por lo que cada agramaticalidad desnuda un alcance diferente (particular o universal) de las leyes involucradas. Así, **En la maestra retó canguros el niño* sería agramatical en cualquier lengua, mientras que **¿Qué envolviste el libro en?* es imposible en español, pero no en inglés. Sin embargo, en un caso u otro, la agramaticalidad permite introducir la *evidencia negativa* en la lingüística: los datos relevantes no los constituyen solo las oraciones reales, sino también aquellas que el hablante no puede haber escuchado ni producido jamás, simplemente porque son imposibles.

Hay una serie de consecuencias cognitivas en estas ideas que venimos de enunciar, que Chomsky precisará

en términos explícitos en *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Por un lado, además de su capacidad generativa, el lenguaje humano se distingue por la noción de estructura, uno de los prodigios que nadie nos enseña y que cualquier niño maneja. Las oraciones tienen una estructura interna; no son una mera sumatoria de palabras sueltas, sino que reconocemos unidades intermedias que mantienen entre sí relaciones formales. Se trata de los *sintagmas*, agrupamientos relevantes de palabras, a los que hacen alusión las operaciones involucradas en la sintaxis de una lengua y que pueden resumirse como mover, borrar o agregar material lingüístico. A su vez, todo sintagma involucra un principio de endocentricidad que se presume universal: todo sintagma tiene un *núcleo*, que es el que determina semántica y categorialmente la construcción, además de seleccionar a sus modificadores. Así, en una secuencia como *cantaba tangos antiguos*, *cantaba* es la palabra que concentra el significado global del sintagma, además de ser responsable de las propiedades categoriales y semánticas del modificador que lo acompaña, que debe ser una construcción encabezada por un sustantivo que indique alguna entidad susceptible de ser entonada melódicamente (tangos, óperas, zambas...).

Esto da lugar al que luego se conocerá como *problema de Platón*: nuestro conocimiento formal sobre el lenguaje es inmenso, sin que hayamos recibido evidencia significativa ni instrucciones claras sobre ciertos prodigios. No es sorprendente, como pretende el sentido común, que

un niño pronuncie secuencias “extrañas”, como *Poni la mesa* o *¿Caíste el televisor?*; sí lo es el hecho de que sea capaz de formular sin error infinitas oraciones, deducir cuál es el orden en que debe encadenar las palabras en una frase, realizar movimientos para armar preguntas y subordinadas, respetando sin hesitar complejíssimas leyes universales o particulares de su lengua materna.

El nombre del problema de Platón recupera el famoso diálogo *Menón*, en el que un esclavo que nunca ha recibido instrucción sobre matemáticas se muestra capaz de descubrir el teorema de Pitágoras, guiado únicamente por las preguntas de Sócrates. Pretende demostrar que ese conocimiento no proviene de la realidad exterior, del mundo sensible (que percibimos por los sentidos), sino que surge del mundo intangible y perfecto de las Ideas (es decir, las formas puras de la realidad). Platón lo explica a través del mito órfico-pitagórico que asegura que, antes de habitar el cuerpo, el alma ha contemplado el reino inmaterial en donde moran las Ideas. Chomsky retomará esas intuiciones (sin acudir, claro, a las vidas preexistentes), para plantear su concepción de un conocimiento innato, universal, biológicamente determinado, que sólo requiere “condiciones normales” para ser evocado. Esto supone refutar cualquier postura (filosófica o biológica) que defienda implícita o explícitamente la idea de la mente humana como una *tabula rasa*.

Así, en medio del auge del conductismo, que postulaba que solo aquello que puede observarse tiene realidad

científica, Chomsky optó por recuperar la tradición racionalista que asume la existencia de realidades subyacentes o mentales. Estrictamente hablando, la intuición de que la lengua se aloja en el cerebro aparecía ya en el *Curso de lingüística general*, pero Ferdinand de Saussure la concebía como un objeto externo, pactado por toda una comunidad lingüística, que termina siendo internalizado por el individuo. En cambio, en la visión chomskyana una parte significativa del lenguaje está en nuestro cerebro antes de cualquier experiencia; las oraciones que escuchan los niños son, más bien, un estímulo necesario para que madure su capacidad lingüística innata: por eso se afirma que *adquieren* (y no *aprenden*) su lengua materna. Claro que, sin el estímulo de ciertos datos lingüísticos, no puede desarrollarse una lengua: un niño lobo, aislado de su familia y del contacto humano, no vive en condiciones biológicas normales y no podrá desarrollar una lengua por sí solo, ya que en el ser humano las circunstancias “normales” son indivisibles de la vida gregaria, que supone a su vez una cultura específica. En ese sentido, la gramática generativa se constituye como un paradigma esencialmente cognitivista (pese a que muchos lingüistas que se reivindican como tales han desarrollado un rabioso sentimiento anti-chomskyano).

El mentalismo supone recuperar la oposición entre lo apariencial y lo subyacente, entre las sombras de la caverna y los objetos del mundo exterior (para recuperar otra famosa alegoría de Platón en *La República*). *Lo esencial es*

invisible a los ojos, podría decir Chomsky parafraseando al Principito para aplicarlo a sus obsesiones metateóricas. Al analizar el lenguaje (pero también los hechos sociales y políticos que supone el problema de Orwell), nos distraemos con los fenómenos que se presentan superficialmente dispersos ante nuestros ojos y desdeñamos las poderosas coincidencias estructurales que permitirían articular una explicación consistente. Se desprende de esas ideas, también, una inquietante polisemia en la misma noción de *conocimiento*. Conocemos muy poco acerca de lo que tenemos abrumadora evidencia (como enuncia el problema de Orwell sobre el control social), pero, paradójicamente, conocemos a la perfección lo que nadie nos enseña (como ocurre en el lenguaje según el problema de Platón). Las dos interpretaciones de *conocimiento* resaltan con intensidad el contraste entre el conocimiento biológico, instintivo, natural e innato (que no está sujeto a ninguna clase de control) y el conocimiento cultural o aprendido (que es susceptible de diferencias y manipulaciones infinitas).

Estas ideas se prolongan con naturalidad en otro par de conceptos esenciales: *competencia* y *actuación*, que darán lugar más adelante, con ligeros ajustes y modificaciones, a la distinción entre la *lengua-i* y la *lengua-e*.

La lengua-i es el sistema de conocimiento internalizado, innato e individual que, como venimos anticipando, constituye el meollo del estudio chomskyano del lenguaje.

En la concepción de Chomsky, parte del sistema formal de una lengua es innato y responde a la gramática

universal; otra parte, en cambio, debe ser especificada según reglas particulares de la lengua. En la gramática deberá aparecer procesada la información particular de las lenguas, que puede resultar (aparentemente) contradictoria y que requiere algún tipo de aprendizaje, y no solo de *reconocimiento*.

Al reunir las leyes de encadenamiento de unidades, la sintaxis (y, tal vez y en menor medida, la morfología) es el componente en el que se manifiestan las propiedades universales: el apareamiento entre el sonido y el significado de las oraciones se logra producir e interpretar (solo) gracias a las leyes de concatenación de la gramática. De todos modos, aunque se trata de componentes variables, para Chomsky ciertos aspectos de la semántica y de la fonética también son innatos y se especifican muy tempranamente en los niños.

De este modo, la gramática generativa conduce naturalmente a la preeminencia de la sintaxis, entendida como un gran sistema de ecuaciones formales-computacionales, que permiten establecer las recurrencias y las series geométricas o sistemáticas (dejando de lado las excepciones y la variación azarosa). Estarán en segundo plano la semántica y el vocabulario o el léxico, que proporcionan el contenido conceptual que reemplazará, presumiblemente, las x e y de las ecuaciones. Chomsky retoma a Saussure para afirmar que cada signo lingüístico supone una relación arbitraria entre significado y significante, que no puede ser universal y que, por lo

tanto, debe ser aprendida. Asimismo, mientras que la sintaxis consta de categorías con límites claros y valores generalmente binarios (sí/no), la semántica y el léxico pueden suponer matices o grados de pertenencia a tal o cual noción. La preeminencia de las propiedades formales de los mecanismos de encadenamiento de unidades (llamados transformaciones, reglas u operaciones, según las épocas) lleva a emplear una terminología abstracta que puede resultar exasperante si lo que llama la atención de los hechos lingüísticos es el significado o el uso referencial o pragmático del lenguaje, tal como ocurre con la mayor parte de la filosofía del siglo XX.

Al contrario de la lengua-i, la lengua-e es centralmente externa: social, convencional y ligada con el uso. En ella intervienen, notablemente, numerosas representaciones equívocas derivadas del sentido común: por ejemplo, las concepciones normativas sobre la lengua, ligadas con los intereses políticos o los prejuicios y valoraciones sociales. También debemos distinguir como un fenómeno externo o periférico la noción de aceptabilidad o inaceptabilidad, que retoma la intuición de que factores del lenguaje como la extensión de una oración o la cantidad de subordinadas incrustadas pueden conspirar contra la “comprensibilidad” de una oración, sin alterar su buena formación gramatical. Y, finalmente, al pensar en la lengua-i y la noción de gramaticalidad debemos dejar de lado nuestros juicios sobre la extrañeza semántica (y también la adecuación al contexto), algo que Chomsky

subraya con un ejemplo paradigmático que se reconoce como otra de las “marcas registradas” de la gramática generativa: *Las ideas verdes incoloras duermen furiosamente*, una oración anómala desde el punto de vista de la interpretación conceptual, pero formalmente impecable.

Todas estas disquisiciones apuntan a moderar la confianza en que los juicios de gramaticalidad hagan referencia directa a nuestras intuiciones “puras” o “inocentes” como hablantes, ya que nos recuerdan las dificultades prácticas para prescindir de las convenciones sociales en el intento de explorar nuestro conocimiento innato. De hecho, la paradoja kantiana del observador suele reflejarse en los juicios de gramaticalidad de algunos lingüistas generativos, que a veces aparecen contaminados de prejuicios normativos o de consideraciones semánticas, pragmáticas y de aceptabilidad que parecen alejadas de los mismos postulados de la teoría.

El conjunto de ideas que hemos esbozado hasta aquí se reiteran, bajo diferentes formas, en los sucesivos textos de Chomsky, que pueden agruparse desde un punto de vista epistemológico en torno de dos modelos esenciales. El primero (ya queda dicho) fue la Teoría Estándar, vigente hasta la década del 80, que incluye *Estructuras sintácticas* y *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. El segundo fue Principios y Parámetros, cuyo comienzo suele fecharse en las conferencias de Pisa sobre rección y ligamiento (*Lectures on Government and Binding*, de 1981), que nunca fueron traducidas al español pero que luego

resultaron reformuladas en el muy leído *El conocimiento del lenguaje* (1986). Hay cierto consenso en subsumir el actual *Programa Minimalista* (1995) como una variante de Principios y Parámetros, aunque autores como Luis Eguren plantean que constituye en realidad un modelo nuevo, ya que involucra supuestos empíricos, teóricos y epistemológicos bien diferenciados.

El pasaje de la Teoría Estándar a Principios y Parámetros se vio justificado en el hecho de que no conseguía explicar convincentemente la adquisición del lenguaje (o el problema de Platón, en términos actuales). La Teoría Estándar involucraba un complejo entramado de transformaciones, que requerían, a su vez, estrictas condiciones estructurales que mezclaban símbolos formales y lingüísticos. Si bien conseguía describir desde el punto de vista formal una parte considerable de la gramática del inglés, el conjunto terminaba resultando implausible desde el punto de vista de la adquisición del lenguaje, ya que no diferenciaba el conocimiento innato (universal) de aquel que debía ser necesariamente aprendido (particular del inglés). En ese sentido, Principios y Parámetros propuso por primera vez un modelo articulado de la adquisición y la variación lingüística, un *desideratum* de la gramática generativa desde sus comienzos. La facultad innata del lenguaje constaría de una serie de principios universales que se aplican a todas las lenguas y de parámetros que se activan ante el contacto con una lengua particular para especificar valores ya predeterminados (idealmente,

solo dos). Para tomar un caso paradigmático, todas las oraciones (principales o subordinadas) tienen un sujeto, pero en algunas lenguas (como inglés o francés) el sujeto debe ser sistemáticamente pronunciado (por eso hablamos de *sujeto obligatorio*), mientras que en otras (como español o italiano) puede ser omitido. Por esa causa, hay oraciones con sujeto tácito en español e italiano, pero no en inglés o francés; al entrar en contacto con los datos de su lengua materna, el niño podrá especificar rápidamente el valor correspondiente al parámetro, que tiene dos opciones ya disponibles (sujeto nulo / sujeto obligatorio). Ese modelo tan elegante resultó difícil de sostener empíricamente, por lo que en las últimas décadas fue reformulado en una concepción en que la variación lingüística es resultado de las propiedades particulares de las categorías funcionales gramaticalizadas en una lengua. Al surgir las categorías funcionales de un conjunto prefigurado y universal, se acotan las posibilidades de variación, aunque ciertamente no tanto como en el modelo original de principios y parámetros.

Con sus continuidades y rupturas, estas son, muy resumidas, las ideas centrales que Chomsky defiende con pasión desde sus textos iniciales. El verbo *defender* nos remite, muy apropiadamente, a una metáfora bélica: la dimensión polémica de la gramática generativa forma parte necesaria de su caracterización histórico-epistemológica. Tiene razones variadas: resulta difícil no ver ciertas críticas como mero producto de malentendidos o

de lecturas descuidadas y poco rigurosas, mientras que otras pueden vincularse con lugares comunes arraigados en ciertas tradiciones disciplinares en la propia naturaleza humana.

Antes de adentrarnos en esas polémicas, vale recordar que los hechos del lenguaje son múltiples y multiformes, como ya anotó Saussure: podemos prestar atención, alternativamente, a los factores articulatorios, a la relación referencial entre las palabras y el mundo, a la conformación de un sistema de signos, a sus consecuencias cognitivas, a los usos y valoraciones sociales del lenguaje... Toda teoría tendrá que ejecutar algún recorte significativo de esta variedad de fenómenos, porque tanta complejidad no puede ser captada en conjunto. El recorte propuesto por la gramática generativa está sustentado contundentemente en los escritos de Chomsky, mucho más de lo que sus críticos suelen admitir. Así, pese a que se ha resistido obstinadamente a estudiarlos, no niega la existencia de los aspectos sociales del lenguaje y, de hecho, ha citado cientos de veces la concepción saussureana del signo o la idea de Weinrich de que las lenguas son dialectos "con ejército". Lo que niega (por las razones que ya hemos especificado) es que el lenguaje se *defina* socialmente de la manera en que muchos filósofos y lingüistas proclaman: que la comunidad lingüística en la que nacemos pueda inculcarnos la lengua o que los múltiples usos del lenguaje sean capaces de explicar por sí mismos la complejidad formal de la estructura de la gramática.

Desde sus primeros libros, Chomsky entendió que la lingüística era una parte específica de las ciencias naturales, con métodos de razonamiento y validación análogos, y se inscribió así dentro de la tradición científica naturalista. La gramática generativa funciona como un modelo de predicción teórico-abstracto, que deberá ser corroborado empíricamente en la medida que vaya siendo posible, tal como ocurrió con la química del siglo XVIII o la física del XIX. De hecho, desde esas primeras formulaciones, la lingüística chomskyana ha acumulado una cantidad formidable de evidencia a su favor, lo que corrobora las virtudes del método especulativo adoptado. Por ejemplo, en las últimas décadas se han perfeccionado los estudios sobre el cerebro físico (bajo la forma de mapeos cada vez más precisos realizados por técnicas como las resonancias magnéticas estructurales y funcionales o las tomografías computarizadas, por rayos X o PET) y los estudios genéticos, tanto cromosómicos como moleculares, que por medio de distintas técnicas permitieron identificar el origen de deficiencias genéticas que pueden afectar selectivamente el lenguaje (se llegó incluso a identificar los alelos involucrados). Además, se han sistematizado los datos de “experimentos ocasionales” sobre seres humanos: casos documentados de “niños lobos” (perdidos en el bosque, encerrados, abandonados) o de nuevos *pidgins* y *creoles* producidos por efecto de desastres naturales o humanos. Si bien ha incorporado cada vez más elementos empíricos en su argumentación

(sobre todo, por concesión a los públicos más amplios), la verdadera excepcionalidad de Chomsky como pensador se percibe en el razonamiento puro y abstracto, que preexiste a la comprobación empírica.

Freud observó alguna vez que la ciencia había infligido al “ingenuo” egocentrismo de la Humanidad una serie de “graves mortificaciones”. Primero las ideas copernicanas demostraron que la Tierra, “lejos de ser el centro del universo, no constituía sino una parte insignificante del sistema cósmico”. Luego, la biología, con Darwin y Wallace, redujo “a su más mínima expresión las pretensiones del hombre a un puesto privilegiado en el orden de la creación”, tomando la especie humana como un eslabón evolutivo más. Peor aún fue, señala Freud, el intento del psicoanálisis de demostrar al individuo que sólo cuenta con “escasas y fragmentarias informaciones sobre lo que sucede fuera de la conciencia en su vida psíquica [...]”. De aquí la resistencia general que se alza contra nuestra disciplina y el olvido de todas las reglas de la cortesía académica, de la lógica y de la imparcialidad en el que caen nuestros adversarios”. Pese a las evidentes diferencias entre ambas teorías, estas palabras de Freud podrían aplicarse perfectamente para explicar la recepción de las ideas generativas. Para Chomsky, el lenguaje, la herramienta por excelencia de la comunicación humana (que suele considerarse un producto cultural y de la inteligencia, una expresión del mundo subjetivo y espiritual construido colectivamente

por los seres humanos), se ve prácticamente reducido a un conjunto de condicionamientos biológicos (y, por lo tanto, tan instintivos como inevitables). La diferencia entre un literato genial y un analfabeto se explicará por cierto talento muy específico y, sobre todo, por los estímulos diferenciados que cada uno haya recibido en su vida cultural y social, pero en ambos el lenguaje es en esencia (casi fisiológicamente) el mismo. La igualdad inmanente de los seres humanos está, así, garantizada por la estructura biológica de nuestro cerebro (pocos argumentos más contundentes contra cualquier teoría racista). Pero esas diferencias biológicamente mínimas entre los seres humanos son definitorias para nuestra vida afectiva y cotidiana, por lo que la lingüística chomskyana contradice la lógica del sentido común. Aunque pueden rescatarse otros, ese golpe al narcisismo parece ser uno de los motivos centrales para explicar los feroces detractores que ha cosechado la gramática generativa, sobre todo en las humanidades.

Tal vez como parte de su espíritu militante, Chomsky ha demostrado desde muy joven una infatigable capacidad para la polémica: primero con los representantes del estructuralismo y el conductismo, y luego, a partir de la guerra de Vietnam en los 60, en la defensa de sus tesis políticas, que suelen resultar radicales aun para la (acotada, es cierto) izquierda norteamericana. También se destacó en las grandes polémicas públicas (un género hoy casi *demodé*), que lo ubicaron como paladín de

la intelectualidad norteamericana frente a la europea, como las que sostuvo con Michel Foucault sobre política (1971) y con Jean Piaget sobre la cognición (1975). Deben sumarse, además, las discusiones más especializadas con renombrados filósofos como John Searle, Saul Kripke, Hilary Putnam, W. Quine, Scott Soames, Richard Rorty, entre muchos otros.

La conferencia que Chomsky pronunció en el Centro Cultural Paco Urondo y que los lectores tendrán el privilegio de leer a continuación muestra que su pasión por la polémica no ha cesado, ni siquiera a sus 87 años. Se trata de una conferencia centralmente epistemológica, que apunta a establecer los principios metateóricos de la gramática generativa. Está estructurada alrededor de un poderoso componente argumentativo (no siempre explícito), que incluye abundantes referencias a teorías y experimentos de diversas disciplinas científicas. Recupera las discusiones contemporáneas sostenidas con lingüistas, filósofos y psicólogos de distintas corrientes teóricas. Así, por ejemplo, defiende la idea de que el lenguaje surgió por una brusca exaptación, resultado de una multiplicación exponencial de las neuronas, causada por razones azarosas no vinculadas directamente con la selección natural (tal vez por un cambio alimentario o de clima, por ejemplo), al contrario de Steven Pinker, psicólogo cognitivo que se inscribe en el propio paradigma generativo, quien sostiene que el lenguaje, como otras habilidades humanas, es resultado de una

lenta adaptación evolutiva. Estas hipótesis enfrentadas ponen la gramática generativa en discusión con las hipótesis de biólogos, paleontólogos, genetistas o neurólogos, ampliando aún más los campos disciplinares de la polémica.

En suma, en su conferencia Chomsky nos invitó, una vez más, a subvertir los lugares comunes establecidos sobre lo sorprendente y lo previsible en los hechos del lenguaje. Ojalá los lectores puedan disfrutar ahora de sus estimulantes ideas tanto como los afortunados que tuvimos el placer de escucharlo en vivo.

CONFERENCIA

Gracias a todos por venir, este simposio me pone en ciertas dificultades y contradicciones. Me mandaron una serie de 37 preguntas técnicas muy interesantes. A menos que la Argentina sea un país bastante inusual, no puede haber más de diez personas que entiendan alguna de estas preguntas. Por eso voy a dejarlas a un lado; me disculpo con las personas que las enviaron pero les pido, si no les molesta, que me las envíen por correo electrónico y cuando vuelva a mi casa, en tres o cuatro semanas, intentaré responderlas. La mayoría se preguntaba cuáles eran las novedades respecto al trabajo que vengo realizando en los últimos 70 años, conocido como Gramática Generativa, y qué resultados se han alcanzado; estas preguntas quedan abiertas para que ustedes las contesten.

El avance más importante fue el cambio que se dio respecto a cómo se entiende y se percibe el lenguaje. Aquellos que están familiarizados con este campo de estudio saben que en los años 40 existían dos grandes supuestos dominantes: el primero correspondía a la perspectiva desarrollada por el famoso lingüista suizo Ferdinand de Saussure, que concebía el lenguaje como un fenómeno social, una propiedad de una comunidad. Una perspectiva alternativa era, por ejemplo, la expresada por el destacado lingüista norteamericano Leonard Bloomfield, quien concebía el lenguaje como una colección de oraciones; según su definición, el lenguaje es el conjunto de todas las emisiones que pueden ser producidas en una comunidad de habla. A su vez, los filósofos más destacados de la tradición analítica angloamericana adoptaron esta concepción. Tal fue el caso de W. Quine, el intelectual de Harvard más influyente de la época; para él, el lenguaje es un conjunto de oraciones, así como la aritmética es un conjunto de operaciones numéricas. La Gramática Generativa adoptó una perspectiva distinta, concibiendo el lenguaje como una propiedad biológica de las personas. El lenguaje es algo que está en la mente, no en la sociedad; más aún, no constituye un conjunto de expresiones, sino un procedimiento para determinar el sonido y el significado de infinitas expresiones. Este concepto fue comprendido de forma más clara y definitiva recién a mediados del siglo XX con los trabajos de Alan Turing y Kurt Gödel,

entre otros. Si observamos a los clásicos, ya había una intención de interpretar esta noción; así, según Descartes, la mayor distinción entre los hombres y los animales o las máquinas radica en que los hombres tienen la habilidad –independientemente de su inteligencia– de producir y entender una innumerable cantidad de expresiones que son apropiadas para las situaciones pero no causadas por estas. Yo, por ejemplo, en este momento estoy produciendo ciertas expresiones pero podría haber producido otras. Podría estar hablando del campeonato mundial de fútbol pero no lo haré porque sería bastante vergonzoso para mi esposa. Sin embargo estoy creando expresiones nuevas, que pueden ser nuevas para ustedes o para mí, y que son apropiadas para estas circunstancias. Solo los humanos tienen la capacidad para producir expresiones ilimitadas, ningún otro animal puede hacerlo y no hay manera de reproducirlo mediante una máquina, y esta es la distinción fundamental entre cuerpo y mente. También otros lingüistas y humanistas importantes se dedicaron a estudiar esta cuestión, tal fue el caso de Alexander von Humboldt, el fundador del sistema universitario moderno. Él era un especialista en el estudio del lenguaje, y definió el lenguaje, según sus palabras, como: “el uso infinito de medios finitos”. En esencia, esta idea era correcta pero recién a mitad del siglo XX fue posible formular estos conceptos. Solo en ese entonces pudo estudiarse cómo medios finitos pueden ofrecer usos infinitos. No obstante, la pregunta cartesiana sigue

siendo un gran misterio, no tenemos idea de cómo las personas son capaces de producir expresiones que son apropiadas para las situaciones pero no causadas por estas. Y esta es una distinción crucial, esencial en todos los aspectos de la actividad humana. En el avión en el que viajaba a Buenos Aires, leí la última edición del *Journal of Neuroscience*. En uno de sus artículos, escrito por un premio Nobel, se presentaba un importante estudio sobre cómo el cerebro planifica y organiza las acciones, y el autor finalmente concluía: “aprendemos acerca de las marionetas y cómo estas funcionan pero aún no sabemos nada respecto al titiritero”. Y esta es la pregunta cartesiana. Si piensan problemas para el futuro, este es uno crucial sobre el que no tenemos siquiera malas ideas al respecto.

Entonces, volviendo a la frase de Humboldt, podemos estudiar los medios finitos y el modo en que, en un principio, pueden producir usos infinitos, pero la pregunta sobre cómo son usados, la pregunta sobre el titiritero, sigue siendo un misterio. Sin embargo, ambas innovaciones introducen una gran variedad de nuevos interrogantes. Así, al estudiar el lenguaje como un objeto biológico, una cantidad ilimitada de información se vuelve relevante para determinar la naturaleza de una lengua particular, como el inglés. Si el lenguaje es una institución social, como propone De Saussure, no hay nada que decir al respecto, ya que no hay nada que comentar sobre las instituciones sociales. Si el lenguaje

es un conjunto finito de oraciones o, como lo define Leonard Bloomfield, un corpus de materiales, entonces podemos contestar todas las preguntas. Es decir que, desde la concepción dominante en este campo, podemos, o bien responder todas las preguntas, o no decir prácticamente nada. Cuando se concibe el lenguaje como un objeto biológico, se pueden responder algunas preguntas. Como casi todo es un gran rompecabezas, lo importante es poder descifrar cualquier tipo de evidencia. Por ejemplo, hay evidencias del japonés que resultan relevantes para el estudio de la naturaleza del inglés. La razón es simple: el hablante de japonés, de alguna forma, ha internalizado un procedimiento de generación de expresiones infinitas con sonidos y significados en japonés. Y esto solo es posible si hay un cierto tipo de dotación genética, biológica, que le permite a un niño, mediante una pequeña cantidad de datos, internalizar este procedimiento. Sin embargo, el hablante de japonés tiene la misma dotación biológica que el hablante de inglés; los seres humanos parecen ser completamente uniformes respecto a sus capacidades genéticas y cognitivas, lo que significa que el niño que aprende inglés utiliza el mismo método de adquisición que el que aprende japonés; y si algún presunto principio lingüístico no funciona en japonés tampoco funcionará en inglés. Esto lleva a pensar que la información sobre el japonés nos puede ofrecer datos precisos respecto a la naturaleza del inglés. De manera similar, información sobre cómo se adquiere

el lenguaje, cómo se representa en el cerebro, información tomada de la genética o, de hecho, de cualquier tipo de fuente que uno pueda imaginarse, resulta relevante para el estudio de la gramática inglesa. Nótese que esto no podría ser así si nos basáramos en lo propuesto por De Saussure o Bloomfield. Así, cualquier tipo de evidencia está disponible para el estudio de una lengua particular. A su vez, si uno observa el procedimiento que explica las propiedades de la fonética o el significado de las oraciones, encontrará que todo es problemático. Recuerdo lo que se decía entre los graduados cuando yo era estudiante en los años 40: si bien este campo resulta interesante, es limitado. Es decir, ¿qué sucederá cuando hayamos aplicado este método de análisis a cada lengua? Si observamos las publicaciones de la época, era así como parecía ser; en cada publicación se presentaba el estudio de las propiedades de un corpus de materiales de alguna lengua. Hoy los estudiantes, por empezar, analizan preguntas que cincuenta o veinte años atrás ni podrían haberse imaginado, y son conscientes de que se comprendía muy poco respecto a este complejo proceso. Actualmente, el campo es muy distinto, y esto, en realidad, guarda un cierto parecido con las primeras etapas de la ciencia moderna. Si nos remontamos al siglo XVI, encontramos que había respuestas a las preguntas más esenciales de la física. Por ejemplo, si yo sostengo este vaso lleno de agua hirviendo con la mano puesta aquí y ahora lo dejo ir, el vaso cae y el vapor sube. El lugar

natural del vaso es la superficie y el lugar natural del vapor es el aire. Las cosas se atraen y se repelen por las características que les permiten unirse o separarse. Si miro a la audiencia y reconozco un rostro es porque la imagen de este se está moviendo en el aire, hacia mis ojos y se imprime en mi cerebro, y así se explican los problemas de percepción.

Cuando Galileo y sus compatriotas comenzaron a preocuparse por estos fenómenos, se volvió evidente que todas las explicaciones carecían de sentido y que realmente no se sabía nada al respecto. Así comienza la ciencia moderna, con esta capacidad de asombrarse ante fenómenos conocidos, una capacidad crucial tanto en la infancia como en los niveles más avanzados de investigación. Esto es lo que sucede en los años 50 en relación con la naturaleza del lenguaje; así, rápidamente, se evidencia que cada fenómeno, cada aspecto del lenguaje resulta difícil de descifrar: desde el interrogante de por qué la representación fonética del habla tiene propiedades particulares, hasta preguntas vinculadas con el significado de palabras o expresiones complejas. Las primeras propuestas que surgen en torno al desarrollo de estos procedimientos generales fueron bastante complicadas pero fue necesario desarrollar este tipo de teorías a fin de prestar atención a la adecuación y descripción del fenómeno. En cualquier área, cuando uno no comprende algo, esto se presenta como complejo o caótico; para aquellos que están familiarizados

con el campo de estudio, recuerden las teorías de los años 50 que presentaban una compleja *gramática de estructura sintagmática* y una compleja *gramática transformacional*. De inmediato se comprendió que esto no podía ser acertado porque ningún niño podría adquirir un sistema así basándose en la limitada evidencia disponible, y es un hecho que los infantes adquieren el lenguaje de forma instantánea, sin capacitación o instrucción alguna. Por ejemplo, un niño recién nacido puede distinguir entre el lenguaje de su madre y otro lenguaje; ambos hablados por una voz femenina que nunca antes escuchó. Esto constituye, en sí mismo, un logro notable, ya que significa que a pesar de que el infante esté rodeado de ruido, de alguna forma es capaz de seleccionar ciertos aspectos de ese ambiente propios del lenguaje casi sin experiencia previa, pudiendo incluso distinguir una lengua de otra. Por otro lado, si tomamos, por ejemplo, un chimpancé, que cuenta con el mismo sistema auditivo que nosotros y lo ubicamos en ese mismo ambiente, este sólo escuchará ruidos. Ese hecho nos indica que existe un factor genético específico de los humanos en lo que concierne al lenguaje. Luego, si uno continúa estudiando al niño se dará cuenta de que él adquiere un conocimiento complejo de manera sistemática y casi sin información. Esto se aplica incluso a los casos más simples, como el significado de una palabra aislada; cuando uno investiga el significado de cada una de ellas descubre que es muy

complejo, y los infantes las aprenden casi sin ningún dato. En el punto más alto del proceso de adquisición del lenguaje, alrededor de los dos años de edad, el niño está incorporando una palabra nueva por hora, lo que significa que aprende las palabras a medida que le son presentadas por primera vez, y es capaz de adquirir un significado complejo sobre la base de un único uso. Es mayor aún el milagro cuando uno observa cosas más complejas que palabras aisladas, como por ejemplo el significado de una frase o cómo estas se construyen.

Todas estas consideraciones apuntan a que las complejas teorías desarrolladas en los años 50 no pueden estar en lo correcto porque nada tan complejo como eso pudo haberse desarrollado a lo largo de la evolución humana. Entonces, la respuesta correcta debe ser que existe una forma de cómputo muy simple que opera bajo las condiciones de las leyes naturales, y con leyes naturales me refiero a principios de cómputo eficiente, principios que no son específicos de los humanos. Estos principios deben interactuar con los mecanismos computacionales para producir la diversidad, la complejidad del fenómeno superficial que observamos. Y este mismo problema surge en todas las ciencias. De esta manera, si miramos por la ventana y vemos hojas volando y objetos moviéndose, todo parece extremadamente complejo e imposible de describir, presenta mucha variación, difiere de un momento a otro. Pero el objetivo central de la ciencia moderna desde Galileo ha sido tratar de

demostrar la existencia de simples principios ocultos que operan produciendo la diversidad y complejidad de los fenómenos observados; ese es el deber de la ciencia. En la biología, si nos remontamos a los años 50, se suponía que los organismos biológicos eran tan variados y complejos que casi cualquier cosa podía constituir un posible organismo biológico desarrollado a partir de la selección natural. Por razones como las que mencioné previamente entendemos que esto no puede ser cierto y actualmente se supone que hay un número muy limitado de organismos posibles, tan limitado que incluso es admisible que exista lo que llamamos un *genoma universal*, una única estructura genética que habilita todos los organismos posibles. No está demostrado, pero actualmente constituye una tesis plausible, lo que implica un corte radical con la biología de sesenta o setenta años atrás. Algo similar sucedió con el estudio del lenguaje durante este período; ahora es una tesis plausible, no demostrada pero plausible, considerar que hay en realidad un único lenguaje, que las propiedades centrales del lenguaje, las propiedades sintácticas que forman expresiones y las propiedades semánticas que las interpretan, son uniformes. De hecho, resulta difícil pensar que esto no sea así, ya que, de otra manera, sería un milagro que los niños logren adquirir una lengua. Y ya que de hecho la adquieren, y esencialmente sin datos, esta debe ser sumamente simple y uniforme. Está claro que las lenguas difieren; así, si mi esposa decide hablarme en portugués,

yo no puedo entender lo que dice. Pero, mientras más aprendemos, más cerca estamos de descubrir que las diferencias entre lenguas se encuentran en un nivel muy superficial, por así decirlo; la diferencia está en cómo sale de nuestras bocas y no en lo que sucede en nuestras mentes. Entonces, los procesos mentales internos parecen ser uniformes, tal vez incluso idénticos, en todas las lenguas humanas, y distintos medios son empleados para articularlos, para convertirlos en sonido. Todo esto es exterior al lenguaje; así, las propiedades del habla están determinadas en mayor medida por la naturaleza del sistema articulatorio. Pero el sistema articulatorio no guarda relación alguna con el lenguaje en sí; en el tiempo evolutivo los sistemas sensoriales fueron colocados cientos de miles de años, quizás millones de años, antes de que el lenguaje siquiera emergiera, y, tal como mencioné, los chimpancés cuentan con el mismo sistema auditivo que nosotros, y están a casi doce millones de años de distancia de nosotros en el tiempo evolutivo, seis millones desde la separación, son doce millones de años en total.

Entonces, el panorama general que se vislumbra, tal como en la biología, parece ser el de un sistema central del lenguaje, uniforme o casi uniforme, responsable de la estructura y significado de las expresiones, y la aparente diversidad, complejidad, mutabilidad del lenguaje parece radicar simplemente en cómo este es exteriorizado, en cómo es adaptado al sistema sensorio-motor. A

propósito, la generación anterior descubrió que el sonido es solo una entre tantas maneras de exteriorizar el lenguaje. El lenguaje de señas de los sordos resulta notablemente similar al lenguaje hablado, es similar en su forma, en su estructura, en sus principios, en su modo de adquisición y, sorprendentemente, es incluso similar en cómo se representa en el cerebro. Sabemos que la lengua hablada se representa típicamente y en mayor medida en el hemisferio izquierdo y por mucho tiempo se asumió que el lenguaje de señas, dada su naturaleza visual y no analítica, debería localizarse en el hemisferio derecho. Esto resultó ser falso: el lenguaje de señas es igual al lenguaje hablado. Entonces esto significaría que existe algún sistema central dedicado al lenguaje, que puede ser empleado en las distintas modalidades sensoriales. El único motivo por el cual no podemos emplearlo en el olfato es la limitación de nuestras capacidades sensoriales; no somos como los perros, pero el sonido, la visión, el tacto, funcionan de la misma manera. Esta hipótesis, además, encaja con nuestra experiencia; supongamos que decido que quiero entender lo que dice mi mujer cuando habla en portugués: no necesito aprender la semántica del portugués, eso ya lo sé, no necesito aprender los principios de formación de frase en portugués, ya que estos son uniformes entre las distintas lenguas, ya los conozco. Debo aprender la pronunciación, debo aprender los paradigmas morfológicos; cómo funciona la concordancia, el género, debo aprender algunas cuestiones

sobre el orden de las palabras, y, además, debo aprender lo que llamamos arbitrariedad, *arbitrariedad saussureana*, qué sonido se asocia con qué concepto. Aprender es básicamente eso, memorizar qué sonido corresponde a qué concepto, pero es de vital importancia entender que los términos de esa relación ya fueron comprendidos previamente, los conceptos ya están allí. Las posibles relaciones son uniformes, entonces es solo una cuestión de aprender qué relación arbitraria se establece, y eso sí es algo que un niño puede aprender fácilmente y un adulto puede memorizar con ayuda de un diccionario, pero lo importante ya lo sabemos. Consideremos la instrucción de una lengua; no se enseña la semántica, no se enseña la sintaxis, en primer lugar porque nadie entiende mucho al respecto, y, en segundo lugar, porque resulta superfluo. Lo que se enseña en una clase es lo superficial; el proceso es comparable al de un entrenador enseñando natación: no se enseñan las partes difíciles; lo difícil es cómo levantar el brazo, eso es sumamente difícil pero está arraigado en el cerebro y el sistema físico. Lo que se enseña es lo trivial, a qué lado girar la cabeza, por ejemplo. Y esto se aplica a todo lo que se aprende, casi nada puede adquirirse sin haber sido previamente incorporado. Así, aprender a hablar una lengua o a nadar resultan procesos similares al desarrollo físico. El que un organismo se convierta en humano, en pájaro o en gato depende solo en una mínima proporción de la nutrición que recibe el embrión; globalmente es determinado por

la dotación genética del mismo. No es posible convertir a un ser humano en un pájaro alterando la nutrición que el embrión recibe, esto constituye un axioma biológico y tiene incidencia a su vez en las capacidades cognitivas. Lo que propongo contradice la doctrina dominante; en los estudios del conocimiento, pensamiento y aprendizaje, todavía estamos en la Edad Media, las creencias que se sostienen son tan irracionales como las que Galileo y sus compatriotas intentaron combatir en el siglo XVII. Hay un largo camino por recorrer en pos de traer las ciencias de la mente al mundo moderno (por "moderno" me refiero a los últimos quinientos años) y esto incide específicamente en el lenguaje. Entonces, lo que expongo sobre el lenguaje no constituye, para ser claros, de ninguna manera un consenso. De hecho, en psicología y lingüística es considerado entre herejía y escándalo, el tipo de cuestiones por las que Giordano Bruno fue quemado en la hoguera años atrás. Afortunadamente somos más civilizados hoy día, no nos queman en la hoguera, pero sin embargo, si atendemos a la lógica de la situación, incluso sin entrar en detalles, podemos ver fuertes razones por las que algo así debería ser cierto.

Examinémoslo desde otro punto de vista: la cuestión de cómo el lenguaje ha evolucionado en la historia humana. Aquellos familiarizados con el área saben que en los últimos veinte años ha habido una gran explosión de bibliografía sobre la evolución del lenguaje. Esto constituye un fenómeno curioso desde el punto de vista

sociológico, en primer lugar porque el tópico no existe: las lenguas cambian, pero no evolucionan. El cambio del indoeuropeo al español o al inglés no es evolución. La evolución conlleva un cambio en el genoma, en la estructura genética, y hay abundante evidencia de que no ha habido evolución alguna en la capacidad lingüística humana, por lo menos en los últimos cincuenta o sesenta mil años. Esto se debe a que aproximadamente hace cincuenta o sesenta mil años, nuestros ancestros, pequeños grupos de ellos, comenzaron a abandonar África Oriental y a extenderse a lo largo del mundo. Rápidamente alcanzaron la mayor parte del mundo, por ejemplo, llegaron a Papúa Nueva Guinea hace cuarenta mil años aproximadamente. Si tomamos a un niño de una tribu de Nueva Guinea, que no tuvo contacto con otros humanos por cuarenta mil años, y lo traemos a Buenos Aires de niño, hablará exactamente como lo hacen los niños que son criados aquí. Lo mismo sucede en sentido inverso y se aplica a cualquier par de seres humanos. Asimismo se aplica a otras capacidades cognitivas; este niño oriundo de una tribu en Nueva Guinea puede convertirse en físico cuántico, por ejemplo, y un niño nacido aquí podría aprender las intrincadas y complejas formas de vivir en las difíciles circunstancias de una tribu en Papúa Nueva Guinea. Lo que esto nos dice es que la capacidad lingüística humana, al igual que otras capacidades cognitivas, es uniforme y, de haber diferencias, estas serían tan sutiles que resultarían imposibles

de detectar mediante los medios disponibles. Las diferencias entre humanos, al igual que las diferencias entre lenguas, son muy superficiales, así encontramos diferencias como el color de cabello, el vello facial, pero estas son extremadamente superficiales desde una perspectiva biológica. Entonces lo único que realmente sabemos de las lenguas es que estas no han evolucionado, por ende no puede existir un campo de investigación de la evolución del lenguaje. Sin embargo, abunda la bibliografía al respecto, lo que debería decirnos algo sobre la sociología de los intelectuales. En realidad, hay preguntas sobre la evolución de la capacidad del lenguaje; esta estructura genética que le permite a un niño adquirir una lengua casi instantáneamente y que es común al género humano sí evolucionó; así, los chimpancés no la poseen y nuestros ancestros homínidos tampoco. Entonces, en algún punto evolucionó, eso es un hecho, pero ¿cuándo? En efecto, existe algo de información al respecto, pero no mucha. Sucede que aproximadamente hace cien mil años, en los registros arqueológicos, que es con lo único que contamos, se evidencia una repentina explosión de actividad creativa, se encuentran inicios de representaciones simbólicas complejas. Algunas son espectaculares; así, por ejemplo, cuando Picasso vio las pinturas en las cuevas de Lascaux, que datan de hace cuarenta mil años, se sorprendió al punto de decir que nada podía haberse aprendido en el arte después de eso. Pueden ver reproducciones de las mismas, y son espectaculares. Yo,

afortunadamente, logré ingresar antes de que las cuevas fuesen selladas, ahora está prohibida la entrada. Eso fue hace cuarenta mil años, pero si retrocedemos unas decenas de años más, comenzamos a vislumbrar inicios de representación simbólica. Tengamos en cuenta que estos constituyen períodos breves en el tiempo evolucionario, por poco un parpadeo. Entonces, aproximadamente en ese período, tal vez setenta y cinco mil años atrás, encontramos representaciones simbólicas, evidencias de estructuras sociales más complejas; podemos observar en restos arqueológicos la representación de eventos astronómicos, marcas en varillas que —ahora sabemos— indican las fases lunares, por ejemplo. Hay evidencia que prueba que en ese momento algo distinto sucedió. Hubo varios precursores de los humanos, homínidos, muchos de ellos, pero en una tribu en particular algo sucedió. Estos constituían grupos bastante pequeños, no había muchos proto-humanos, había distintas especies pero poca cantidad, esto fue lo que sucedió con nuestros ancestros y es casi lo único que sabemos sobre la evolución del lenguaje. Toda la bibliografía sobre la llamada evolución del lenguaje descansa en dos hechos: el primero es que no ha habido evolución del lenguaje desde que los humanos abandonaron África, el segundo es que antes de que eso sucediera no existía el lenguaje en absoluto. Entonces, lo que podemos deducir es que algo extremadamente simple sucedió y resultó en esta capacidad, propiedad básica humana del lenguaje, habilidad de

generar en base a un sistema finito un número infinito de expresiones que poseen significado. Esto conforma un paralelo importante en relación con la lógica de la investigación de la estructura, adquisición y uso del lenguaje humano. Todo indicaría que debe existir un núcleo del lenguaje humano común, probablemente universal, extremadamente simple en sus componentes elementales, que resulta en la rica capacidad del lenguaje, de modo análogo a como operan las leyes naturales. Y existe un proceso secundario, periférico al lenguaje, mediante el cual este sistema interno es traducido en el sistema sensorio-motor, y –recordemos– el sistema sensorio-motor, así como el sistema articulatorio, existen hace cientos de miles de años, entonces, este sistema interno podría ser semejante a un copo de nieve. Si observamos un copo de nieve, este parece extremadamente complejo, y por mucho tiempo no pudo comprenderse como podía ser tan complejo. Esta incógnita preocupaba a los primeros científicos como Kepler, y solo en los últimos años se demostró cómo simples leyes físicas permiten ciertos tipos de copos de nieve, con su complejidad inherente, y no otros. Esto funciona como modelo para todo en el mundo físico, incluido el lenguaje. En algún lugar, profundamente arraigado en la naturaleza de las leyes naturales y nuestras capacidades mentales específicas, algo determina que el lenguaje es como un copo de nieve. Luego, comienza un proceso secundario, el de permitir que este copo de nieve salga de nuestras bocas o bien sea

producido mediante señas, y esta es una empresa delicada. Así, en este dominio, encontramos que las lenguas varían, pueden ser modificadas, cambian a lo largo del tiempo, y hay partes de ellas que adquirir, como cuando aprendo a hablar portugués, pero es en el copo de nieve donde se lleva a cabo todo el trabajo, y eso es probablemente universal. Repito, esto está muy lejos de constituir un consenso; si realizásemos una encuesta entre lingüistas, psicólogos o filósofos, estos dirían que es algo descabellado; todavía se supone que las capacidades son adquiridas mediante el entrenamiento, la experiencia, el condicionamiento, etcétera. Considero que la evidencia en contra de estos supuestos es abrumadora y, de hecho, nos hemos acercado considerablemente a cómo este copo de nieve podría estar constituido.

Entonces, el reto para las futuras generaciones, desde mi punto de vista al menos, es desmentir estos supuestos generales y abandonarlos, del mismo modo en que en su momento fue abandonada la ciencia medieval. Y para intentar demostrar que lo que propongo es acertado me remito a que, otra vez, lo que en verdad sucedió es que hace aproximadamente setenta mil años atrás tuvo lugar una mínima mutación genética que resultó en este copo de nieve interno, una capacidad ilimitada de pensamiento, de generar expresiones en nuestras mentes que son expresadas creativamente en pensamientos, y que todo lo demás es meramente superficial, tan superficial como el color de la piel, o el largo del cabello. Pero

todavía persisten ciertos misterios: qué es lo que hace el titiritero, cómo respondemos los interrogantes de Descartes, cómo explicamos el hecho de que podemos hablar apropiadamente ante ciertas situaciones pero no a causa de estas situaciones, lo que constituye una distinción crucial. Y no solo hablar sino pensar, ya que, después de todo, nuestro uso del lenguaje es interno en un 99 %; no hablar con nosotros mismos constituye un acto de voluntad increíble. Es más, la mayor parte de nuestros pensamientos siquiera son accesibles a la conciencia, lo que incluye nuestro uso del lenguaje. Entonces, si nos detenemos a pensar en lo que llamamos “hablar con nosotros mismos”, lo que descubriremos es que estos pensamientos emergen instantáneamente. Más rápido que lo que tarda el sistema motor en funcionar, nos encontramos frente a complejas frases en nuestras mentes, que expresan algo que ha sido procesado por debajo del nivel de la conciencia. Estas cuestiones comienzan a ser comprendidas con relación a otras actividades; así, por ejemplo, ahora sabemos que si yo, a conciencia, decido levantar este vaso, poco antes de que esto sea conscientemente decidido mi sistema motor mental ya está planeando cómo levantarlo. Estos constituyen descubrimientos relativamente recientes sobre, por ejemplo, la organización motriz, y guardan relación con lo que la introspección nos aporta sobre el pensamiento; casi todo sucede antes de que siquiera seamos conscientes de ello. Todos estos constituyen grandes problemas a

ser investigados, lo que significa que hay mucho trabajo interesante por delante.

*Traducción de Estefanía Baranger y Analía Hoban.
Revisión de Alicia Avellana, Cristina Messineo y Lucas Fiszman.*

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE
LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

CONSEJO EDITOR

Grisel Azcuy

Sergio Castelo

Gustavo Daujotas

María Marta García Negroni

Silvia Gattafoni

Rosa Gómez

Flora Hillert

Raúl Illescas

Hernán Inverso

Virginia Manzano

Graciela Palmas

Jimena Pautasso

Fernando Rodríguez

Ayelén Suárez

Carlos Marcelo Topuzian

Leandro Verdecchia

**SUBSECRETARIO
DE PUBLICACIONES**

Matías Cordo